

Un Hijo de Dios en su Peor Condición

Un sermón sobre Jonás 4:4

Por Rev. A. Moerkerken (sermón 5 de 6 en esta serie)

Lectura bíblica: Jonás 3

Salterio 39: 5, 6

92: 1, 4

202: 1, 3

235: 1, 2, 3

INTRODUCCIÓN

Queridos amigos, en Mateo 20:15 el Señor Jesucristo pregunta algo muy importante: “*¿No me es lícito hacer lo que quiero con lo mío? ¿O tienes tú envidia, porque yo soy bueno?*” Sabemos el contexto en el cual Cristo dijo estas palabras. Un padre de familia había empleado a varias personas para trabajar en su viña. Este hombre empleó a algunos muy de mañana; a otros empleó al mediodía; y otros aún empleó a las tres de la tarde y luego a las seis de la tarde. El hombre ofreció el pago de un denario a cada uno de estos trabajadores, sin importar la hora que entraban en el trabajo. Así que cuando llegó el fin de día y los jornaleros recibieron su pago, cada uno recibió el mismo sueldo de un denario. Entonces leemos que los que habían trabajado todo el día “*murmuraron contra el padre de familia, diciendo: Estos postreros han trabajado una sola hora, y los has hecho iguales a nosotros, que hemos soportado la carga y el calor del día.*” (Mt. 20:11, 12) Sin embargo, el padre de familia les respondió: “*Amigo, no te hago agravio; ¿no conviniste conmigo en un denario? Toma lo que es tuyo, y vete; pero quiero dar a este postrero como a ti... ¿O tienes tú envidia, porque yo soy bueno?*” (Mt. 20:14, 15). Es evidente que el enojo de estos jornaleros no fue sobre el denario sobre el cual habían acordado, sino que fue un resultado de su envidia de los que habían trabajado menos y habían recibido lo mismo.

Cuando las cosas no van como queremos en nuestra vida, muchas veces no estamos de acuerdo con los caminos en los cuales el Señor quiere que caminemos. Peor aún, es un gran pecado estar enojado e incluso envidioso cuando vemos que el Señor ha bendecido a otra persona. Sin embargo, este grave pecado aún puede vivir en el corazón de un hijo de Dios. Vamos a meditar en este triste hecho ahora, cuando consideramos las palabras de nuestro texto que se encuentran en Jonás 4:4, donde leemos: “*Y Jehová le dijo: ¿Haces tú bien en enojarte tanto?*” Al estudiar los primeros cinco versículos de Jonás 4, vamos a ver a:

UN HIJO DE DIOS EN SU PEOR CONDICIÓN

Vamos a considerar tres pensamientos principales:

1. **Un profeta que falta el amor;**
2. **Una oración que falta la humildad; y**
3. **Una pregunta que falta una respuesta.**

PRIMER PENSAMIENTO

Amigos, nunca había un siervo de Dios que haya visto tanto fruto *externo* de su predicación como el profeta Jonás. Podemos decir que no ha habido ningún otro profeta jamás que haya tenido un mensaje tan breve con tantos frutos. El mensaje de Jonás era muy breve: *“De aquí a cuarenta días Nínive será destruida”*. Oh amigos, ¡cómo los siervos de Dios desean ver frutos en su trabajo de sembrar la semilla de la Palabra de Dios! Los pastores buscan los verdaderos frutos, que son el espíritu quebrantado y el corazón humilde, hecho así por la obra del Espíritu Santo. Congregación, vivimos en una época tan pobre en términos espirituales, porque casi no se oye más de la verdadera tristeza según Dios, cuando el pecador lamenta tal como leemos en Zacarías 12:10 y 11: *“Y mirarán a mí, a quien traspasaron, y llorarán como se llora por hijo unigénito, afligiéndose por él como quien se aflige por el primogénito. En aquel día habrá gran llanto en Jerusalén”*.

El profeta Jonás cumplió el mandato de Dios, y entrando en la ciudad de Nínive, él comenzar a predicar el mensaje que Dios le había dado. ¿Cuál fue el resultado? Jonás oyó un gran clamor de los miles de habitantes de la ciudad. Esto no fue un llanto en secreto ni una tristeza en privado, sino que se oyó y se vio la gran inquietud del pueblo de Nínive. Jonás pudo oír a los ninivitas lamentando sus pecados ante Dios, y rogando que Él les tuviera misericordia. En esta ciudad donde no había clamado nadie a Dios anteriormente, Jonás vio que desde el mayor hasta el menor, los ninivitas clamaron a Dios.

Uno pensaría que Jonás fuera muy alegre al ver esto, y que él se maravillara al ver la bondad y misericordia de Dios por haber empleado la predicación de él para que la ciudad de Nínive se

arrepintiera y no fuera destruida. Sin embargo, ¿qué leemos sobre la reacción de Jonás? “*Pero Jonás se apesadumbró en extremo, y se enojó*” (Jonás 4:1). Oh amigos, ¿cómo puede ser esto? Aquí vemos a un hijo de Dios en su peor condición. A pesar de que Nínive, esa ciudad pagana, clamara a Dios y Le pidiera perdón, el mismo profeta y siervo de Dios... ¡se enojó! ¿Por qué se habrá enojado Jonás? Si se lo hubiéramos preguntado, tal vez habría dos posibles explicaciones, aunque ninguna de ellos se puede justificar.

En primer lugar, Jonás sabía bien lo que dice el Señor en Deuteronomio 18:22: “*Si el profeta hablare en nombre de Jehová, y no se cumpliere lo que dijo, ni aconteciere, es palabra que Jehová no ha hablado; con presunción la habló el profeta; no tengas temor de él*”. Ahora bien, Jonás había predicado por cuarenta días, diciendo: “*De aquí a cuarenta días Nínive será destruida*”, pero al fin, los cuarenta días pasaron y la ciudad *no* fue destruida. Esto seguramente le molestó a Jonás: estaban en juego su honor como maestro, su llamado como profeta, y su propio honor y estima como siervo de Dios. Para Jonás, su propio honor le valió más que la preservación de la ciudad de Nínive. Oh amigos míos, ¿es posible esto? ¿Es posible que un hijo de Dios, es más un *siervo* de Dios, ponga más valor en su propia estima y honor que la salvación de almas perdidas? De hecho es algo terrible, pero tenemos la prueba de que sí puede ocurrir aquí en este capítulo, pues leemos que Jonás se enojó.

Pensemos un momento en una cosa: ¿quién fue el que escribió estas palabras sobre Jonás? Sí, ¡fue Jonás mismo! Todo el libro de Jonás es escrito por el profeta mismo, inspirado por Dios. Amigos, muchas veces cuando los hijos de Dios escriben acerca de su conversión, solamente escriben lo bueno, y no incluyen todo. Hay veces cuando leo la historia de una conversión y me pregunto: “¿Acaso no es esta historia un poco parcial, y será que esté leyendo *toda* la historia, o solamente la parte que hace que el lector tenga en alta estima la persona supuestamente convertida?” Aquí Jonás fue completamente honesto, y describió su vida como un contraste de

blanco y negro, luz y tinieblas, la gracia Divina y la impiedad humana. Es cierto, podríamos escribir por encima de esta historia el título: “Un Dios bondadoso para con una persona pecaminosa”, porque Jonás describe claramente sus muchos desvíos espirituales. Amigos, hay ciertas cosas de nuestra vidas que nunca decimos a los demás, porque de hecho, si supieran los demás algunas cosas acerca de nosotros, ¡nos mirarían de otra forma! Oh congregación, si los pensamientos malos e impíos de *mi* corazón fueran escritos en las paredes de esta iglesia, ustedes jamás me permitirían ~~predicar~~ dirigir un culto aquí otra vez. Sin embargo, Jonás confesó de una manera honesta el hecho de que hubo un tiempo en su vida cuando amó a su propio honor más que la preservación de una ciudad entera.

En segundo lugar, Jonás era profeta, y en aquel entonces Dios a veces dejó que Sus profetas vieran el futuro. Jonás vivía alrededor del año 800 antes de Cristo. Aproximadamente 80 años después de su mensaje a Nínive, en el año 722 a.C., Samaria fue destruida por el *rey de Nínive* y los asirios. Así que Jonás tenía una premonición y pudo prever esto. En el profundo de su corazón, Jonás sabía que estos asirios que vivían en Nínive serían los mismos que destruirían Samaria y que llevarían cautivo al pueblo. Jonás lo sabía, y por eso él no pudo estar de acuerdo con Dios. Seguramente él pensó: “¿Cómo puede Dios ser bondadoso a los enemigos de Su pueblo y postergar su juicio?”

“Pero Jonás se apesadumbró en extremo, y se enojó”. Oh, ¡cuán profundo puede caer el corazón humano! Cuando el Señor permite que la luz descubridora ilumine las cosas más adentro de nuestro corazón, veremos que hay muchas abominaciones que viven ahí. Cuando el Señor enseña esta lección a Su pueblo, entonces ellos se dan cuenta de que en el profundo de su corazón odian a Dios y odian a su prójimo – el opuesto del mandamiento de amar a Dios sobre todo y a nuestro prójimo como a nosotros mismos. ¡Cuán profundo hemos caído, amigos! Es así que un verdadero Dios aún puede no querer la salvación de otro, y puede enojarse al ver que

Dios actúa de una manera clemente con otras personas. Una vez yo conocí a una pareja muy respetuosa. Ambos eran miembros de la iglesia y vivían de una manera intachable. Sin embargo, cuando el Señor convirtió a la esposa, el esposo se puso tan enojado y hasta amargado, de modo que al final dejó la iglesia y el servicio de Dios por completo.

Pueblo de Dios entre nosotros, seguramente ustedes piensan a veces: “¿Cómo es posible que pensamientos tan malos estén en un corazón renovado?” Para nosotros, es fácil pensar que tales cosas pueden vivir en el corazón de los incrédulos y los no salvos, pero nos es difícil entender *cómo* tales cosas pueden existir dentro del corazón de un hijo de Dios. Amigos míos, les cuento que hay veces que los hijos de Dios encuentran hasta algún tipo de consuelo en este cuarto capítulo de Jonás, porque se dan cuenta de que no son los únicos que profesan la obra de salvación y aún así tienen corazones tan corruptos. Eso no es para justificar este pecado, ¡de ninguna manera! Sin embargo, en este capítulo el Señor nos revela que aún después de haber recibido la gracia, semejantes cosas pueden surgir en el corazón del pueblo de Dios.

Luego leemos que Jonás comenzó a orar, y esto nos lleva a nuestro segundo pensamiento: ***una oración que falta la humildad.***

SEGUNDO PENSAMIENTO

En el versículo 2 de nuestro capítulo leemos: “*Y oró a Jehová*”. En las semanas pasadas, hemos meditado en otra oración de Jonás, cuando oró desde el vientre del gran pez. ¿Se acuerdan de cómo Jonás clamó a Jehová desde el polvo de la humildad en aquel entonces? ¿Recuerdan ustedes cómo el pecado llegó a ser pecado para Jonás, y él llegó a ser el culpable en sus propios ojos? Esa oración fue preciosa, porque Jonás era humilde, y con la fe dada por Dios, él pudo decir: “*Mas aún veré tu santo templo*”.

Sin embargo, ahora tenemos una oración muy distinta a la oración desde el vientre del pez. Otra vez nos fijamos en el hecho de que Jonás no sólo escribió la oración en Jonás 2, sino que también escribió con toda transparencia y honestidad esta oración que él hizo cuando estuvo enojado. En comparación con la oración preciosa desde el vientre del pez, ¡esta oración es terrible!

Leamos esta oración de Jonás: *“Ahora, oh Jehová, ¿no es esto lo que yo decía estando aún en mi tierra? Por eso me apresuré a huir a Tarsis, porque sabía yo que tú eres Dios clemente y piadoso, tardo en enojarte, y de grande misericordia, y que te arrepientes del mal. Ahora, pues, oh Jehová, te ruego que me quites la vida; porque mejor me es la muerte que la vida”* (v. 2, 3). ¡Cuánto enojo se manifiesta en esta oración! Jonás estaba completamente en *desacuerdo* con los caminos del Señor.

Amigos, a pesar de que esta oración contenga tantas cosas no buenas, debemos fijarnos también en el hecho de que Jonás todavía tenía el deseo de derramar su alma ante Dios, aún en su estado de rebelión y enemistad. Satanás puede quitar mucho del corazón de un hijo de Dios, pero hay algo que él nunca puede quitar: el anhelo de buscar a Dios. Por más que haya caído el pueblo de Dios, Satanás nunca puede quitar la relación que tiene este pueblo con Dios. A pesar de que ellos estén lejos de su lugar apropiado, en el profundo de su corazón aún vive el anhelo que leemos en el Salterio 163 (Salmos 63):

Mi alma tiene sed de Ti,

Mi carne Te anhela;

En tierra seca y árida

Donde no hay agua.

No obstante, la oración de Jonás fue una oración que faltaba la humildad, y fue una oración que faltaba la misericordia para con su prójimo. Es como si Jonás exigiera que Dios rindiera cuenta de Sus hechos, pues Jonás dice: “*¿No es esto lo que yo decía...?*” Es como Jonás dijera: “Señor, yo *sabía* que Tú te ibas a arrepentir del mal que decías. *Sabía* yo que esto iba a suceder, y por eso yo huí a Tarsis”. Oh amigos, ¿oyen ustedes lo que falta en esta oración? Falta la humildad; falta el postrarse delante de Jehová y reconocer que todo lo que Él hace es bueno y recto.

Escuchemos lo que nos enseña el Catecismo de Heidelberg acerca de la oración verdadera, algo que leemos en la pregunta y respuesta 117: La pregunta: “¿Qué es necesario en la oración para ésta agrade a Dios y sea oída por Él?” Y la respuesta: “Primero, que pidamos de todo corazón, al solo y verdadero Dios, el cual se ha manifestado en su Palabra, todas las cosas que Él desea que le pidamos. Segundo, que reconociendo sinceramente toda nuestra pobreza y miseria, nos humillemos delante de Su majestad...” Así que la *humildad* es como el fundamento de la oración que Le agrada a Dios, y así fue la oración que Jonás había orado estando dentro del vientre del pez. Pero esta vez su oración no contiene la humildad.

Debemos considerar tres cosas en esta oración de Jonás. **Primero**, debemos preguntar: “¿Acaso no llegó a ser Jonás el culpable ante Dios y en sus propios ojos después de huir a Tarsis? Aquí podemos responder que definitivamente *sí*, Jonás fue llevado al lugar de humildad cuando confesó a los marineros: “*Por mi causa ha venido esta gran tempestad sobre vosotros*” (Jonás 1:12). Entonces, ¿qué sucedió ahora, ya que pareciera que Jonás se justifica su huida a Tarsis? Amigos, Jonás cayó de nuevo en el mismo pecado que había confesado. Es posible que una persona sea hecha el culpable y que por la gracia de Dios reconozca su culpa, pero luego caiga en el mismo pecado. Es terrible, ¡pero es la verdad! En la vida del hijo de Dios hay momentos cuando son hechos culpables por la Ley de Dios, y el Señor les muestra su culpa y

confiesan sus pecados. Sin embargo, a veces no *rompen* con este pecado, y luego vuelven a caer en el mismo pecado. Es así que ahora Jonás se justifica por su huida a Tarsis.

La **segunda** cosa que nos llama la atención de esta oración es que Jonás *sabía* cómo sucederían las cosas en Nínive. “*Porque sabía yo que tú eres Dios clemente y piadoso, tardo en enojarte, y de grande misericordia, y que te arrepientes del mal*”. ¿Cómo habría sabido Jonás lo que sucedería? Bueno, aunque el Señor no le haya revelado que la ciudad no sería destruida, cuando Jonás vio cómo respondió la gente de Nínive al oír la predicación de la Palabra de Dios, Jonás *sabía* cuál sería el resultado, porque él había experimentado en su propia vida que Dios es un Dios clemente y misericordioso. Jonás no sólo había aprendido de las Escrituras que Dios es tardo en enojarse y lleno de misericordia, sino que lo había experimentado en la vida de la gracia.

Amigo mío, ¿alguna vez has aprendido *tú* que Dios es clemente y piadoso, tardo en enojarse, y de grande misericordia? ¿Llegó un momento en *tu* vida cuando el Señor te mostró tu pecado, y cuando el mismo amanecer del sol en la mañana llegó a ser un gran milagro para ti, ya que el Señor te había permitido ver otro nuevo día? ¿Has experimentado un momento cuando reconociste los atributos perfectos y justos de Dios, y cuando para ti fue un milagro que la tierra todavía soportara uno como tú? Oh, Jonás estaba lejos de aquel estado en este momento, porque era un hijo de Dios en su peor condición. Sin embargo, una cosa él sabía: que Dios es clemente y misericordioso.

La **tercera** cosa de la oración de Jonás que nos llama la atención es el hecho de que él *quería morir*. Escuchemos lo que este profeta Le dice a Jehová: “*Ahora, pues, oh Jehová, te ruego que me quites la vida; porque mejor me es la muerte que la vida*”. Hijo de Dios, ¿alguna vez has pedido a Dios que murieras? Hasta el más pequeño en el pueblo de Dios ha dicho alguna vez: “Señor, ya quiero morir; ya *puedo* morir”. Sin embargo, más tarde se dan cuenta de que nunca

deberían de haber dicho esto, pues dicen entre sí: “Si Dios me hubiera dejado morir entonces, ¿dónde estaría ahora?”

No obstante, el caso de Jonás es diferente. Él no quiere morir como resultado de una dulce experiencia de la presencia de Dios. ¡Al contrario! Jonás pide que Jehová le quite la vida. El profeta Elías también pidió una vez que muriera, cuando se sentó bajo el enebro y en su estado desanimado deseaba morir (1 Reyes 19.4). También leemos que Moisés estuvo muy desanimado una vez, cuando los israelitas hicieron el becerro de oro, y dijo a Dios: “*Ráeme ahora de tu libro que has escrito*” (Ex. 32:32). En el caso de Elías y de Moisés, sin embargo, su deseo de morir era un resultado del celo que tenía para Dios y Su gloria. En contraste, la oración de Jonás de que Jehová le quite la vida son palabras de rebelión, y esta oración es un resultado de no estar de acuerdo con los caminos de Dios.

En nuestro tercer pensamiento, vamos a considerar ***una pregunta que falta una respuesta***, pero primeramente vamos a cantar **del Salterio 202, las estrofas 1 y 3**.

TERCER PENSAMIENTO

Leemos en el versículo 4 de nuestro capítulo: “Y Jehová dijo: *¿Haces tú bien en enojarte tanto?*” Aunque es terrible, no leemos que Jonás respondió palabra alguna a Jehová. ¿Será que no oyó la pregunta de Dios? Oh amigos, ¿acaso cuando el Señor habla no Le oye el hombre? El problema era que Jonás no pudo rendirse a los caminos de Dios. Su honor como profeta fue dañado, según él. Dios había perdonado los enemigos de Su pueblo, y Jonás no podía dar su aprobación, sino que pidió que el Señor le quitara la vida. Luego el Señor hace la misma pregunta a Jonás, y Le responde, pero vamos a considerar esto en el próximo mensaje, Dios mediante.

“¿Haces tú bien en enojarte tanto?” Es como si el Señor le dijera a Jonás: “¿No estás de acuerdo conmigo? ¿No quieres que yo sea bueno y misericordioso?” Oh pueblo de Dios, ¿le ha ocurrido alguna vez que no pudo estar de acuerdo con los caminos del Señor? ¿Le ha preguntado alguna vez el Señor esta pregunta que planteó a Jonás? Oh amigos, si esta pregunta llega al corazón por la aplicación del Espíritu Santo, se sienten un gran dolor en el corazón. Es como si Dios les dijera: “¿Acaso te he tratado mal? ¿Acaso no te hice bien siempre? ¿Alguna vez me he equivocado, hijo mío?” Estos pueden ser momentos especiales para el pueblo de Dios, cuando el Señor lo atrae a Él otra vez. Sin embargo, no fue así para Jonás en este momento, y él ni siquiera respondió al Señor.

Miremos a Jonás saliendo de la ciudad de Nínive, andando triste, desanimado y hasta enojado. ¡Qué diferencia entre el Jonás que había entrado en la ciudad con el mensaje de Dios, y quien había predicado con tanto fervor las palabras del arrepentimiento. Ahora hemos visto otra vez a un hijo de Dios en su *peor* momento, y hemos visto a los ninivitas, un pueblo no salvo, en su *mejor* momento. Mientras los ninivitas paganos habían clamado a Dios rogándole misericordia, el siervo de Dios está enojado con el Señor. Amigos míos, ¿ven ustedes hasta qué profundidad puede caer un hijo de Dios, aún después de haber recibido la gracia? ¡Qué Dios nos guarde de esto!

Jonás salió de la ciudad y se sentó hacia el oriente de la ciudad, donde se hizo una enramada para protegerse del sol. Jonás quería observar la ciudad desde una distancia. Es posible que Jonás haya pensado: “A ver cómo resultan las cosas al final; quizás los ninivitas vuelven a su pecado y en fin el Señor enviará fuego del cielo para destruirlos”.

Oh congregación ¿pueden ver cómo fueron las cosas en el corazón de Jonás en este momento? Nos hace pensar en los dos discípulos de Jesús, quienes también no mostraron compasión para su prójimo, sino que deseaban su destrucción. Leemos en Lucas 9 que Jesús

envió mensajeros delante de Él a una aldea de los samaritanos para hacerle preparativos, pero no le recibieron. Entonces leemos que *“Viendo esto, sus discípulos Jacobo y Juan dijeron: Señor, ¿quieres que mandemos que descienda fuego del cielo, como hizo Elías, y los consuma”*? ¿Cuál fue la respuesta del Señor Jesús? Leemos que *“Volviéndose él, los reprendió, diciendo: Vosotros no sabéis de qué espíritu sois; porque el Hijo del Hombre no ha venido para perder las almas de los hombres, sino para salvarlas”* (Lucas 9:52-56).

Leemos que Jonás se sentó debajo de su enramada *“hasta ver qué acontecería en la ciudad”*. Queridos amigos, ¡qué bendición es que nosotros no tengamos un Dios que sea así! Niños y jóvenes, padres y madres, nunca piensen que Jehová es así, sin compasión y sin misericordia. Más bien, escuchemos lo que nos dice a mí y a ustedes en Ezequiel 33:11: *“Vivo yo, dice Jehová el Señor, que no quiero la muerte del impío, sino que se vuelva el impío de su camino, y que viva. Volveos, volveos de vuestros malos caminos: ¿Por qué moriréis, oh casa de Israel?”*. Querida congregación, así el Señor nos llama en este mismo momento.

También es una bendición que los hijos de Dios no siempre estén en la condición en la cual se encontraba Jonás. Hay otros momentos, cuando la gracia y la fe están en acción, y cuando los hijos de Dios quieren la salvación del prójimo. Pensemos en Abraham, quien rogaba al Señor para que no destruyera la malísima ciudad de Sodoma. En Génesis 18 leemos que Abraham rogaba cada vez a Jehová que por causa de los pocos justos que no destruyera Sodoma. Luego le pidió perdonar la ciudad por causa de cuarenta, y luego le dijo al Señor que tal vez había apenas treinta justos, o aún veinte, y así Abraham siguió rogando que el Señor tuviera misericordia. En fin leemos en Génesis 18:32 que Abraham oró una vez más: *“No se enoje ahora mi Señor, si hablare solamente una vez; quizá se hallarán allí diez.”* Y ¿cuál fue la respuesta del Señor misericordioso? *“No la destruiré por amor a los diez”*. Ahí vemos a un hijo de Dios en su mejor condición, por la gracia de Dios.

En Jonás 4 hemos visto a un hijo de Dios en su *peor* condición. Sin embargo, nos debe hacer pensar otra vez del Jonás Mayor, el Señor Jesús, Quien también estuvo una vez delante de la ciudad de Jerusalén, y lloró. “*Y cuando llegó cerca de la ciudad, al verla, lloró sobre ella, diciendo: ¡Oh, si también tú conocieses, a lo menos en este tu día, lo que es para tu paz!*” (Lucas 19:41). Jonás no lloró para Nínive, que había recibido su predicación, pero Jesús sí lloró por Jerusalén, que Lo había rechazado, y que no quiso escuchar Su mensaje. ¡Qué diferencia!

Por esto puedo decir a cada uno presente esta mañana: el Señor te dice: “*Vivo yo, dice Jehová el Señor, que no quiero la muerte del impío, sino que se vuelva el impío de su camino, y que viva. Volveos, volveos de vuestros malos caminos: ¿Por qué moriréis?*”. Amén.